

HOMILÍA TOMA DE POSESIÓN

19 de Diciembre de 2004

Excelentísimo Señor Cardenal, D. Antonio María Rouco
Muy queridos hermanos Arzobispos y Obispos
Excelentísima Sra. Presidenta de la Comunidad de Madrid
Estimadas y dignas autoridades
Muy queridos hermanos y amigos.

El apóstol S.Pablo en el comienzo de la carta a los romanos, que acabamos de leer, se presenta diciendo quien es y cual es su misión: *“Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol, escogido para anunciar el evangelio de Dios. (Rom.1,1).*

En el momento en que por voluntad del Santo Padre, Juan Pablo II, asumo, de forma plena, la responsabilidad de ser Obispo y Pastor de esta Diócesis de Getafe, le doy gracias a Dios por la gran misericordia que siempre ha tenido conmigo y le pido que, siguiendo el ejemplo del apóstol Pablo, mi presencia entre vosotros sea siempre la de un siervo de Cristo, llamado a ser apóstol para anunciar el Evangelio de Dios.

Reconocerme como **“siervo de Cristo”** significa afirmar que Cristo es el único Señor de mi vida: que Él es mi luz, mi esperanza, mi fuerza, mi vida; que El es mi Redentor, que me ha liberado del abismo del pecado y continuamente me salva por el don del Espíritu Santo; y en su Iglesia Santa, fortalecido y alimentado por la Palabra de Dios y los sacramentos, me conduce hacia el Padre, en quien encontraré la plenitud de la vida y del amor. Esta es la fe que recibí de mi padre y de mi madre, Joaquín e Isabel, en el seno de una familia feliz y ejemplar, a los que ahora recuerdo con profunda gratitud; y que da sentido a toda mi vida y me llena, en toda circunstancia, de paz y de esperanza.

Reconocerme como **“llamado a ser apóstol para anunciar el evangelio de Dios”**, significa tener el firme convencimiento de que si estoy aquí, entre vosotros, como Obispo, sucesor de los apóstoles, no es por propia iniciativa, sino porque Él lo ha querido. Estoy aquí porque , a través de la Iglesia, Él me ha llamado y me ha enriquecido con la gracia del Espíritu

Santo, para que anuncie el evangelio de Dios. Y estoy seguro de que Él, que conoce mi debilidad, me dará la fuerza y la sabiduría necesarias para cumplir la misión que me ha confiado. Por eso puedo decir con toda confianza, con palabras del apóstol Pablo: *“Doy gracias a Aquel que me revistió de fortaleza, a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me consideró digno de confianza al colocarme en el ministerio(...) Y si encontré misericordia fue para que en mí primeramente manifestase Jesucristo toda su paciencia y sirviera de ejemplo a los que habían de creer en Él para obtener la vida eterna”(1Tim.1,12.16)*

A través de los obispos, en comunión con el Santo Padre, sucesores de los apóstoles y de los presbíteros, sus colaboradores, el Señor Jesucristo continúa estando presente entre los creyentes. En todo tiempo y lugar, a través de ellos, Él predica la Palabra de Dios a todas las gentes, administra los sacramentos de la fe a los creyentes y dirige al Pueblo del Nuevo Testamento en su peregrinación hacia la bienaventuranza eterna.

Realmente la participación del Obispo en la vida y misión de Cristo, Buen Pastor, que no abandona a los suyos, sino que los custodia y protege, supone una participación en el misterio trinitario. La vida de Cristo es trinitaria. Él es el Hijo eterno y unigénito del Padre y el ungido por el Espíritu Santo, enviado al mundo. Esta dimensión trinitaria, que se manifiesta en el modo de ser y obrar de Cristo, configura también el ser y el obrar del Obispo. Y quiero, deseo y pido al Señor que sea siempre así en el ministerio pastoral que hoy inauguro.

El Obispo como imagen del **Padre**, debe cuidar con amor paternal al Pueblo Santo de Dios y conducirlo, junto con los presbíteros y diáconos, por la vía de la salvación.

El Obispo, actuando en la persona y en el nombre de **Cristo** mismo se convierte para la Iglesia a Él confiada en signo vivo del Señor, Pastor, Esposo y Maestro de la Iglesia.

Y el Obispo por la unción del **Espíritu Santo** queda configurado con Cristo y capacitado para continuar su ministerio vivo a favor de la Iglesia.(cf. Ritual Ordenación del Obispo)

De esta manera, por el carácter trinitario de su ser, cada Obispo se compromete en su ministerio, y así quiero hacerlo, con la ayuda de Dios, en esta diócesis, a velar con amor por aquellos que la Iglesia le confía y guiarlos

en el nombre del Padre, cuya imagen hace presente; en el nombre de Jesucristo, su Hijo, por el cual ha sido constituido maestro, sacerdote y pastor; y en el nombre del Espíritu Santo que vivifica la Iglesia y con su fuerza sustenta la debilidad humana. (cf.P.G. n.7)

Estos rasgos que configuran la identidad del Obispo, los hemos visto claramente reflejados en el primer Obispo de Getafe, nuestro querido D. Francisco José Pérez y Fernández Golfín. La Diócesis de Getafe tiene que dar continuamente gracias al Señor por el Obispo que ha tenido, desde su fundación, en estos últimos trece años. Su paso ha dejado, entre nosotros, un rastro de bondad. Podemos decir que él fue para todos, signo y sacramento de Jesucristo Buen Pastor que da la vida por sus ovejas. Ha sido para nosotros hermano, amigo, padre y maestro, dándonos seguridad y confianza para afrontar los problemas; y siendo instrumento providencial del Espíritu para consolidar en la diócesis lazos muy fuertes de comunión y ardor apostólico.

Podemos decir que Dios nos hizo un gran regalo con su vida y su palabra; y que la diócesis de Getafe ha encontrado en su ministerio episcopal unos fundamentos y unos frutos que nosotros ahora, con la ayuda de Dios, hemos de continuar.

Siguiendo este camino, tan sabiamente iniciado, os convoco a todos a la gran misión de seguir ofreciendo a los hombres de nuestro tiempo con humildad, pero con mucha claridad y firmeza, el bien más grande que ninguna otra institución puede darles: la fe en Jesucristo, fuente de la esperanza que no defrauda y de una verdadera comunión de amor entre los hombres; la certeza de que Jesucristo es el Señor: en Él y en ningún otro podemos salvarnos (Cf. Hech 4,12).

Creemos y por eso lo proclamamos que la fuente de la esperanza para el mundo entero es Cristo; y la Iglesia es el canal, a través del cual, pasa y se difunde la ola de gracia que fluye del corazón traspasado del Redentor (cf. Igl. Eur. 18). En Cristo y con Él podemos alcanzar la verdad, nuestra existencia tiene un sentido, la comunión es posible, la diversidad puede transformarse en riqueza, la fuerza del reino de Dios ya está actuando en la historia y contribuye a la edificación de la ciudad del hombre, la caridad da valor perenne a los esfuerzos de la humanidad, los pobres son evangelizados, el dolor puede hacerse salvífico y lo creado participará en la gloria de los hijos de Dios.(cf. Igl.Eur. 18). En Cristo, nuevo Adán, primogénito de la humanidad

redimida, el hombre alcanza su grado más alto de dignidad, el valor de la vida humana es respetado y los derechos humanos encuentran su fundamento.

Y en el centro de la evangelización, como fuente y cumbre de la vida cristiana: la Eucaristía. Hemos de vivir de la Eucaristía. La Eucaristía ha de ser el centro de nuestra vida y el centro y alimento de la vida de nuestra diócesis. En la Eucaristía somos todos uno en el Señor, estemos donde estemos. Cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo nuestra Pascua fue inmolado (cf. 1Cor.5,7) se realiza la obra de nuestra redención.

El sacramento del pan eucarístico significa y al mismo tiempo realiza la unidad de los creyentes que forman un solo cuerpo en Cristo. Y así, al unirse a Cristo, la Iglesia entera y nuestra diócesis en particular, se convierte en la obra de Cristo, en la luz del mundo y en la sal de la tierra para la redención de todos. (cf. E.de E.. n.22).

En esta inmensa tarea de la evangelización, vosotros queridos presbíteros, sois los primeros colaboradores del Obispo. Doy gracias a Dios por el presbiterio de esta diócesis. Con vosotros he vivido momentos muy intensos de encuentro con el Señor. A vosotros he acudido muchas veces para pedir os consejo y para pedir os, como penitente, el sacramento de la reconciliación. En vosotros he encontrado ejemplos admirables de caridad pastoral. Y, ahora, con vosotros, apoyándome en vosotros y confiando en vosotros, espero llevar adelante la misión que me ha sido encomendada. Los presbíteros estáis llamados a prolongar, junto con el ministerio episcopal, la presencia de Cristo, único y supremo pastor, siguiendo su estilo de vida y siendo como una transparencia suya en medio del pueblo que os ha sido confiado, sois en la Iglesia y para la Iglesia representación sacramental de Jesucristo, Cabeza y Pastor y habéis sido llamados por el Señor para proclamar con autoridad su Palabra y para renovar sus gestos de perdón y de ofrecimiento de salvación, principalmente con el Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía.

Preparándoos para el sacerdocio estáis vosotros queridos seminaristas. Todos los días presento en mi oración al Señor la urgente necesidad que nuestra Iglesia particular de Getafe tiene de encontrar jóvenes como vosotros, generosos y dispuestos a asumir la gozosa tarea de hacer ministerialmente presente a Cristo entre los hombres. Él ha hecho resonar en vosotros la llamada para dejarlo todo y seguirle (Mt. 4,19,20); para estar con Él y para ser

enviados a predicar (Mc.3,14); a la espera de la imposición de manos del Obispo, que hará de vosotros sus sacerdotes, su signo personal en un mundo que con urgencia necesita ver huellas claras del evangelio. Vuestra comunidad cristiana es ahora el Seminario: una comunidad educativa en camino; la comunidad que, promovida por el Obispo, os ofrece, a los que sois llamados por el Señor para el servicio apostólico, la posibilidad de revivir la experiencia formativa que el Señor, Buen Pastor, dedicó a los Doce Apóstoles. *“La identidad profunda del seminario es ser una continuación en la Iglesia, de la íntima comunidad apostólica formada en torno a Jesús en la escucha de su Palabra, en camino hacia la Pascua, a la espera del don del Espíritu para la misión”* (PDV.60). Doy gracias a Dios por nuestro Seminario de Getafe, por vosotros seminaristas y por vuestro rector y formadores que con entrega ejemplar se desviven por vosotros.

Con especial afecto quiero ahora, también, dirigirme a vosotros, hombres y mujeres de nuestra diócesis consagrados al Señor con los votos de pobreza, castidad y obediencia. Vivid plenamente vuestra entrega a Dios para que no falte a este mundo un rayo de la divina belleza que ilumine el camino de la existencia humana. Los cristianos, inmersos en las ocupaciones y preocupaciones de este mundo, pero llamados también a la santidad, tienen necesidad de encontrar en vosotros corazones purificados que “ven” a Dios en la fe, personas dóciles a la acción del Espíritu y obedientes a la Iglesia y al magisterio de sus pastores, que caminan libremente en la fidelidad al carisma de la llamada y de la misión.

Personas consagradas de nuestra diócesis de Getafe: vivid la fidelidad a vuestro compromiso edificándoos mutuamente y ayudándoos unos a otros. Tenéis la tarea de invitar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo a mirar a lo alto, a no dejarse arrollar por las cosas de cada día, sino a ser atraídos por Dios y por el evangelio de su Hijo. Haced de vuestra vida una ferviente espera de Cristo yendo a su encuentro como las vírgenes prudentes van al encuentro del Esposo. Estad siempre preparados, sed siempre fieles a Cristo, a la Iglesia, al carisma de vuestro fundadores y a los hombres de nuestro tiempo. (cf. VC 109)

Con particular cariño y gratitud, tengo muy presentes, en este momento, a nuestras queridas monjas de clausura, que en los trece monasterios de nuestra Diócesis, se unen espiritualmente a nuestra celebración. Continuamente me siento fortalecido y animado en el ministerio apostólico con el poder misterioso, pero auténticamente real, de su oración y de la

entrega de sus vidas como ofrenda agradable a Dios. A ellas quiero expresarles la gran estima que la comunidad diocesana siente hacia este género de vida que es para todos nosotros un “signo de la unión exclusiva de la Iglesia -Esposa con su Señor, profundamente amado” (VC 59)

Nuestra vida y ministerio como sacerdotes o consagrados no tendría ningún sentido si no fuera pensando en la misión de la Iglesia, en su conjunto, en la que vosotros, fieles laicos, llamados a la santidad con vuestra vocación específica e insustituible, ocupáis un lugar esencial. Los fieles laicos sois llamados por Dios para contribuir, desde dentro de las realidades temporales, a modo de fermento, a la santificación del mundo, mediante el ejercicio de las propias tareas, guiados por el espíritu evangélico y, así, manifestar a Cristo ante los demás en vuestras ocupaciones diarias y en la vida pública principalmente con el testimonio de vuestra vida y con el fulgor de vuestra fe, de vuestra esperanza y de vuestra caridad. De este modo el ser y el actuar en el mundo se convierte para vosotros en el lugar para encontraros con Dios y para mostrar a los hombre su presencia. (cf. Ch L n.15)

De, entre los diversos ámbitos en los que los fieles laicos han de santificarse quiero referirme, por su especial urgencia, al ámbito de la familia y al ámbito de la juventud.

El matrimonio y la familia constituyen el primer campo para el compromiso social de los fieles laicos. Es un compromiso que sólo puede llevarse a cabo adecuadamente teniendo la convicción del valor único e insustituible de la familia para el desarrollo de la sociedad y de la misma Iglesia. La familia, fundada en la unión indisoluble y abierta a la vida entre un hombre y una mujer, tiene la misión maravillosa e insustituible de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo el Señor por la Iglesia su esposa.

A los que formáis parte de la comunidad diocesana, os invito en este día a colaborar con todos los hombres de buena voluntad que viven su responsabilidad al servicio de la familia con fidelidad a los valores del evangelio y del hombre. El futuro de la humanidad se fragua en la familia. Es indispensable y urgente que todos nos esforcemos por salvar y promover los valores y las exigencias de la verdadera familia; y no permitir que se desvirtúe y se disuelva la institución familiar dando el nombre de familia a otras realidades que nada tienen que ver con ella.

Y junto al matrimonio y la familia otra gran tarea nos espera. Es el mundo de los jóvenes: la evangelización de los jóvenes. Y en esta gran misión los primeros y principales protagonistas sois vosotros, los propios jóvenes. Vosotros jóvenes cristianos de la Diócesis de Getafe, con los que he compartido momentos inolvidables, como el de la peregrinación de este verano a Santiago de Compostela, vosotros queridos jóvenes, no sois solamente objeto de la solicitud pastoral de la Iglesia, sino también sujetos activos y artífices de la evangelización de los jóvenes en nuestra diócesis. Y sólo hay un camino para hacer partícipes a otros jóvenes del don precioso de la fe y del conocimiento de Cristo. Ese camino es el de la santidad.

Me preguntaréis ¿cómo podemos llegar a ser santos si encontramos tantos obstáculos en nuestro camino? ¿cómo podemos ser honestos si a nuestro alrededor hay tanta mentira, tanta inmoralidad y tanta corrupción? ¿cómo podemos hacernos santos si vivimos en un mundo que no valora el verdadero amor, ni aprecia la belleza del amor casto?. Tenéis razón, hay muchos obstáculos. Es verdad que el camino hacia la santidad es un viaje , en ocasiones difícil, que implica una lucha interior contra el egoísmo y el pecado. Pero en ese viaje no estáis solos. Jesucristo y la Iglesia os acompañan. Y sabéis, porque ya lo habéis vivido muchas veces, que la gracia de Dios hace maravillas; y que cuando uno ha experimentado en su propia vida la belleza del evangelio y de la vida cristiana, la alegría de la fraternidad y la certeza de sentirse amados por Dios, nada ni nadie podrá deteneros en la carrera hacia la santidad y en el deseo de comunicar a vuestros amigos jóvenes el gozo inigualable del conocimiento de Cristo. Queridos jóvenes confío en vosotros y en la fuerza de la gracia. Una inmensa multitud de jóvenes de nuestra diócesis, como ovejas sin pastor, está esperando vuestro testimonio y está deseando, quizás sin saberlo, que les abráis una puerta para el encuentro con Aquel que dará sentido y consistencia a sus vidas. *“La Iglesia tiene tantas cosas que decir a los jóvenes y los jóvenes tienen tantas cosas que decir a la Iglesia. Este recíproco diálogo, que se ha de llevar a cabo con gran cordialidad, claridad y valentía, favorecerá el encuentro y el intercambio entre generaciones, y será fuente de riqueza y de juventud para la Iglesia y la sociedad” (ChL46)*

Comienzo esta nueva etapa de la diócesis con mucha esperanza y pongo en manos de la Virgen María, Madre de la Esperanza y Reina de los Ángeles el futuro de nuestra diócesis. A ella quiero hoy consagrar mi vida y la vida de

todos los que formamos la comunidad diocesana, en este año de la Eucaristía dedicado también a la Inmaculada:

María, Madre de la esperanza,
¡camina con nosotros!
María, Reina de los Ángeles,
Patrona de la Diócesis de Getafe,
cuya imagen bendita nos acompaña en esta celebración,
enséñanos a proclamar al Dios vivo.
Ayúdanos a dar testimonio de Jesús, el único Salvador;
Haznos serviciales con el prójimo,
acogedores de los pobres, de los enfermos
y de los que viven en soledad.
Haznos artífices de justicia,
y constructores apasionados
de un mundo más justo.
Vela por la Iglesia en esta diócesis de Getafe:
que sea transparencia del evangelio;
que sea auténtico lugar de comunión ;
que viva la misión de anunciar, celebrar y servir
el Evangelio de la esperanza
para la paz y la alegría de todos. Amen (cf. Ig.en Eur.125)